

E I C a r r o d e H e n o

U n m u n d o s a l v a j e

Un día cualquiera del año anterior a septiembre de 1988 es posible imaginar al escritor Salman Rushdie levantando la mirada de la pantalla del ordenador en que está redactando su novela *Los versos satánicos*, cerrar los ojos y relajarse unos instantes mientras escucha *Wild world*, canción incluida en *Tea for the Tillerman*, álbum de 1970 del cantante y compositor londinense Cat Stevens, quien al convertirse a la fe islámica en diciembre de 1977 adoptó el nombre de Yusuf Islam.

En el ensayo *Los testamentos* traicionados afirma Milan Kundera que *Los versos satánicos* «me hizo comprender, por primera vez en mi vida, la *poesía* de la religión islámica, del mundo islámico».

La novela de Salman Rushdie comienza «cuando dos hombres vivos, reales y completamente desarrollados caían desde gran altura, ocho mil setecientos metros, hacia el canal de la Mancha, desprovistos de paracaídas y de alas, bajo un cielo claro», uno de ellos, llamado Gibreel Farishta, canta desafinado absurdas canciones y baila haciendo piruetas «nadando en el aire», mientras el otro, el circunspecto y malhumorado Saladin Chamcha le grita –sin perder nunca la compostura indumentaria, bombín incluido– para que detenga el ruido infernal de su canto. Dos hombres que caen del cielo cantando y discutiendo tras la explosión del avión de pasajeros en que viajaban, y todo esto en la primera página de la novela. Porque de una novela se trata, la república sin límites de la imaginación, «el territorio en el que se suspende el juicio moral» como escribe Kundera en su ensayo.

La mañana de 14 de febrero de 1989 Salman Rushdie recibió una llamada telefónica en su domicilio de Londres. Era una periodista de la BBC que le informaba de la fetua promulgada por el ayatolá Jomeini según la cual era condenado a muerte por haber escrito una obra «contra el islam, contra el Profeta y el Corán». Asimismo, la fetua incitaba a todos los musulmanes a dar muerte al escritor allá donde lo encontraran. La novela llevaba en circulación apenas unos meses, aún no se había traducido a ningún idioma y solo era posible conseguir la edición original inglesa.

Redacto esta nota mientras escucho la música de Cat Stevens (actualmente Yusuf Islam), igual que imaginé a Rushdie en su despacho escuchando las mismas canciones (desconozco completamente los gustos musicales del escritor) y no es casual que suenen ahora las maravillosas *Moon shadow* o *Father and son*, pues aún existe gran controversia sobre el apoyo del cantante a la fetua iraní, asunto que en alguna ocasión ha negado, culpando a la prensa de tergiversar sus palabras.

Decía un poco más arriba que la novela es la república sin límites de la imaginación. Es claro que sin ese territorio de completa libertad que conforman los libros andaríamos a ciegas, perdidos como hombres que caen cantado del cielo y que no saben nada del mundo salvaje que les espera al poner los pies en la tierra.

V i c e n t e O r t í z